

FINALISTA ESTATAL



EL PODER DE LA PINTURA

Estaba en mi habitación pintando. Siempre había sido mi afición favorita, desde pequeña. Mi lienzo, lleno de manchas irregulares de color, parecía el otoño y el invierno a la vez. Los colores cálidos transmitían la sensación de estar en un bosque al atardecer, con todas las hojas descendiendo lentamente de la copa de los árboles. Pero también te hacía sentir en un bosque helado por el frío del invierno, con la nieve por todas partes, manchándolo todo de blanco. Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que mi madre estaba agachada a mi lado, observando mi obra de arte.

-No sé cómo te puede gustar tanto pintar, Carla. Deberías dedicar tu tiempo libre a otras cosas, como ir de compras con tus amigas...

-Mamá, te he dicho un millón y medio de veces que no tengo amigas...

Y era verdad, ¿para qué tenerlas? Mientras tuviera un lienzo y un pincel no me importaba. Miré el reloj. ¡Las cinco menos diez! Tenía que ir a clase de dibujo, que estaba a una media hora de casa en bicicleta. Salí de casa corriendo haciendo caso omiso a mi madre, que me había llamado. Cogí mi bicicleta roja y me dirigí a clase.

Cuando llegué eran las cinco y veinte. Seguro que la señora Gascón, mi profesora y directora del centro, estaba hecha una furia. Cuando entré en clase no había nadie. Que raro, siempre era muy puntual. Salí de clase y me dirigí a los baños para ver si estaba allí. Nada.

Diez minutos más tarde, ya había recorrido todo el edificio, pero no había rastro de la señora Gascón. Entonces me di cuenta de que no había mirado en el almacén.

Bajé las escaleras que me llevaban hasta este. Parecían infinitas. Tenía tanta prisa por encontrar alguna señal de vida que el tiempo parecía pasar más lentamente.

Cuando por fin llegué, divisé lo que parecía un sobre tirado dentro de una caja pequeña, entre todos los lienzos y esculturas que había allí. No pude evitar mirar. Soy así.

Me acerqué sigilosamente, aunque no sé muy bien por qué, pues me encontraba sola. Cogí el sobre y lo abrí. Decía lo siguiente: “Cuidate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble”

Me quedé de piedra, pues en el sobre ponía mi nombre: “Carla García Ferrero”. ¿Qué hacía un sobre para mí en aquel almacén? ¿De qué pintora debía protegerme?

-Debes tener miedo de Pamela...

Me giré bruscamente, sobresaltada por escuchar aquella voz, que no parecía la de la señora Gascón. Pero allí no había nadie. De repente volví a oír la voz.

-No tengas miedo de mí, yo no soy Pamela. Simplemente quiero ayudarte.

-¿Quién eres? – pregunté, intentando poner un tono de voz tranquilo, aunque me tembló un poco la voz.

-Me llamo Alex.

-¿Dónde estás?

-Dejemos las preguntas para luego, ahora tienes que huir.

-Vale, pero... ¿quién es esa pintora de la que tengo que escapar?

-Ya te lo he dicho es una chica llamada Pamela. Se ha llevado a la señora Gascón para que no pudiera avisarte, pero se ha olvidado de mí.

Oí unos pasos a mi derecha, y entonces apareció un gato blanco que caminaba hacia mí lentamente.

-No grites, por favor - dijo aquel felino con aquella voz que me había estado hablando antes. - Ya sé que soy un simple gato que habla, pero debes escucharme.

-Está bien te escucharé.

-Pamela dispone de una lupa increíble, por lo que podría encontrarte muy fácilmente, por eso has de tener cuidado.

-¡Pero si no hace falta una lupa para que me encuentre!

-Perdón, se me ha olvidado esa parte...

Un resplandor blanco me rodeó y me sentí cada vez más pequeña, hasta que me di cuenta de que incluso Alex, que era una cría de gato, ¡parecía el Empire State Building a mi lado!

-¡Qué me has hecho!

-Necesitaba que cupieras en ese sobre de ahí para salvarte, por eso tienes que tener cuidado de su lupa, pues a simple vista no te podrá ver.

-Bueno, vale, pero... - No me dio tiempo a acabar, cuando se oyeron los gruñidos de una mujer bastante joven, por su tono de voz corrí hacia el sobre y me introduje en él.

-Alex se acercó a mi lado y me susurró.

-Carla, solo dibujando podrás salvarnos, tienes el poder de la pintura, algo que ella no logrará arrebatarte nunca.

No perdí más tiempo y empecé a dibujar, pues dentro del sobre había una mina y un papel. Simplemente moví el lápiz intentando crear una imagen. Y entonces todo se volvió blanco. Un destello de luz surcó la estancia, bañándola de un brillo intenso.

Me entraron ganas de gritar, pero fue entonces cuando caí en la cuenta de que estaba en mi cama.

Abrí los ojos y vi una bonita cría de gato, blanca como la nieve, acurrucada junto a mí. Quizás todo hubiera sido un sueño, quizá me hubiera dado un golpe en la cabeza cuando bajaba las escaleras.

Pero el gato estaba allí. Era Alex. Estaba segura. Miré al suelo y vi algo que me heló las venas. Una hermosa chica de apenas dos centímetros dentro de un frasco.

Tenía un pelo rubio que parecía nieve y vestía de una forma totalmente normal: Sudadera, vaqueros y playeras. Pero había algo extraño. Sus ojos de color negro. Me miró, se giró hacia la ventana.

Miré al gato que tenía entre mis brazos, me sonrió y dijo: “Te agradezco mucho que hayas dibujado aquello. ¡Lo has conseguido!

Entonces caí en la cuenta de que me había dibujado a mí junto a Alex en mi cama y a Pamela encerrada en un pequeño frasco. Y la señora Gascón... ¿La había dibujado? No lo recordaba.

Volví la mirada hacia Pamela y se me paralizó el corazón. Tenía entre sus manos un lápiz, y un papel se encontraba ante ella, ya manchado por la mina del lápiz. Mirando con atención este papel me pareció ver un cuadro dibujado en él. No podía ser.

Dirigí la vista hacia el cuadro que había pintado esa mañana y entonces vi a la señora Gascón, en medio del bosque invernal, mirándome con ojos suplicantes.

Miré a Alex y me miró como diciendo “No todo se puede salvar”, y se escabulló de mi lado.

Miré ahora a Pamela. Seguía con el lápiz entre sus manos y me miraba con sonrisa malévola.